

¿ HACIA UN FUTURO IMPERFECTO? PENSAR LA EDUCACIÓN EN LA SOCIEDAD DE LA INFORMACIÓN

Manuel Area Moreira
Universidad de La Laguna

INTRODUCCIÓN al libro **Educación en la sociedad de la información** (en preparación)

Todos, de una forma u otra, vivimos en un presente incierto y confuso. Tanto los colectivos de ancianos como los adultos de mediana edad como los adolescentes y jóvenes. Mis abuelos no saben lo que es Internet ni creo que lo puedan entender. Mis hijos no saben vivir sin pulsar botones de una máquina. Entre unos y otros media solamente el espacio de siete décadas, pero parece que habitan en planetas distintos. Por esta, junto a otras razones, ha surgido este libro.

El futuro, por definición, es imperfecto. A lo largo de la Historia, las distintas civilizaciones han ido creando narrativas globales que describen el futuro como una meta feliz que tarde o temprano alcanzará la humanidad. Tanto las doctrinas de naturaleza religiosa (sean cristiana, judía o musulmana) como las de naturaleza política (como el marxismo) defienden el supuesto de que el futuro tiene sentido y significado por sí mismo ya que la existencia de la humanidad tiene un destino definido hacia algún tipo de paraíso (sea espiritual o material). El presente, desde estas visiones, es una situación de tránsito, de estación intermedia hacia la meta final que será un estado o espacio existencial lleno de perfecciones.

Sin embargo, cada vez en mayor medida, empieza a reconocerse que las creencias y perspectivas dominantes en las sociedades occidentales desarrolladas carecen de una narrativa explicativa global de la realidad. Es la era del vacío, del relativismo de las certezas, del ocaso en la creencia del progreso como una evolución inevitable hacia una sociedad más perfecta. Empezamos a ser conscientes de que la humanidad no es el centro de la creación ni del universo y que los humanos somos simplemente una especie animal más de las que habitan en un planeta perdido en uno de los miles de millones de sistemas solares que configuran el Universo conocido. Por ello, nuestro tiempo actual es el de la conciencia de que el futuro es responsabilidad de los que habitamos el presente y que lo que nos espera no tiene un destino o final predeterminado ni por Dios ni por la Historia.

Una educación escolar en crisis

Supongo que el lector se estará preguntando qué tiene que ver todo esto con la educación en la era digital. La respuesta la encontrarán más adelante, pero es indudable que si lo anteriormente indicado es acertado, la educación, sobre todo la escolaridad, como apunta Postman (1999) vive actualmente una situación de crisis provocada fundamentalmente por la ausencia de una narrativa global que dé sentido, significado y finalidad a la educación en las escuelas. La ausencia de esta narrativa escolar está provocando que ciertos “dioses falsos” estén entrando en la escuela para justificar los programas y acciones que allí se desarrollan.

De modo similar, otros autores destacan que el utilitarismo económico y la mitificación

de las tecnologías de la información son las patas centrales de un discurso neoliberal que reclama menor participación del estado en los asuntos educativos, y una mayor supeditación de las acciones formativas a las necesidades del ámbito industrial y financiero repercutiendo ello en menos inversiones en el sistema público, en beneficio de las actividades privadas de enseñanza.

Independientemente del grado de acuerdo o no con estos análisis, lo que parece evidente es que existe, en los tiempos actuales, un cierto descorcierto - en las familias, en las autoridades educativas, en el profesorado, en el alumnado, y en la sociedad en general - en relación a la educación como sistema productivo de la cultura y formación de los ciudadanos. Desde hace años estamos asistiendo a fenómenos como el incremento de la desidia y desmotivación de amplias capas del alumnado hacia la enseñanza (sobre todo en la educación secundaria), la violencia escolar, el crecimiento del descontento e insatisfacción del profesorado en el ejercicio de su profesión, los desacuerdos sobre la selección de la cultura básica y común que debe desarrollar el curriculum, lo que se aprende pronto se queda obsoleto, las titulaciones no garantizan un puesto de trabajo estable, ...

Cambiar la educación, pero ¿en qué dirección?

Distintos autores desde una y otra parte del océano Atlántico sugieren que el sistema educativo (sobre todo la red pública de escolarización) de los países más desarrollados necesitan importantes reajustes y reformulaciones con el fin de evitar que éste caiga en una crisis de mayor profundidad. Del mismo modo que otros sectores estratégicos de nuestro sistema social han ido transformando, con mayor o menor celeridad, sus estructuras adaptándose a las nuevas exigencias socioeconómicas, el sistema educativo necesita también replantear sus metas, sus contenidos, sus formas de transmitir y desarrollar la cultura y sus procedimientos de gestión y organización. El sistema escolar actual debe cambiar y adaptarse a la sociedad del siglo XXI. Sobre este particular existe consenso. El problema surge cuando nos planteamos: cambiar la formación y la enseñanza, pero ¿en qué dirección?, ¿con qué metas educativas y culturales? ¿al servicio de qué modelo social, económico y político?. Al intentar responder a estas cuestiones es cuando surgen las divergencias y se hacen explícitos los supuestos no sólo pedagógicos, sino también ideológicos de quienes analizan la institución escolar y construyen las respuestas.

La institución escolar, tal como la conocemos, es un invento del S. XIX que surgió para dar respuesta a las nuevas necesidades de las emergentes sociedades industriales europeas. Del mismo modo que las ciudades se fueron llenando de fábricas, la actividad educativa también pasó de un modo de producción artesanal a uno industrializado. Durante los siglos XVI, XVII y XVIII la enseñanza de la infancia y adolescencia era considerada una actividad que podían desempeñar individuos por cuenta propia y sin una regulación definida que se ofrecían para enseñar las “primeras letras” a los hijos de otros artesanos y de la burguesía naciente (McClintok, 1994) .

Sin embargo, la aparición de los estados nacionales organizados junto con la necesidad de una mano de obra mínimamente alfabetizada condujo, a mediados del siglo diecinueve, a la necesidad de articular un sistema de formación en masa gestionado por las autoridades públicas. Este sistema educativo, entre otros fines, sirvió para dos metas fundamentales: transmitir una cultura nacional común a las generaciones jóvenes y alfabetizarlos para que supieran leer, escribir y contar. El modelo elegido para esta producción en masa de sujetos formados se basó en la contratación de trabajadores transmisores de la cultura. como son los maestros. que se encargaban de atender a un

grupo de alumnos durante un periodo temporal definido —el curso escolar—; en la creación de edificios o espacios físicos específicos para la actividad educativa —colegios y aulas—; en la fragmentación o segmentación de la cultura y conocimiento en materias o asignaturas siguiendo el modelo ilustrado de los enciclopedistas, y que a la vez eran graduadas por niveles; y en la elaboración de documentos y textos impresos que señalaban a profesores y alumnos el contenido que tenía que enseñarse y aprenderse. Durante los siglos XIX y XX ha sido un modelo de escolarización a gran escala, que con mayor o menor grado de implantación entre países, con mayor o menor celeridad en su expansión a lo largo del planeta, ha sido exitoso en múltiples planos siendo todavía una necesidad social. Y seguramente lo seguirá siendo durante muchas décadas.

La imperfección de la sociedad de la información. La educación como condición necesaria para el progreso democrático

Frente a la imagen que muchos gobiernos, empresas, campañas publicitarias y medios de comunicación nos ofrecen de la sociedad de la información ésta no es ni será un paraíso, ni se asemejará para nada al mundo fantástico y mágico del discurso tecnológico que nos sugieren B. Gates, Negroponte o Telefónica. Esta “narrativa” de la era digital nos promete una vida más cómoda, placentera y adaptada a las necesidades y gustos personales. Las casas inteligentes, la comunicación permanente con todo tipo de sujetos en cualquier momento, las aplicaciones de la ingeniería genética para la superación de enfermedades, los créditos blandos y al alcance de todos, una administración pública amable y eficaz, el descanso y el ocio desde el hogar mediante todo tipo de equipamiento multimediático, ..., son, entre otros, los mensajes futuristas que recibimos desde múltiples instancias. En definitiva, nos quieren hacer creer que el futuro que nos aguarda, gracias a las tecnologías digitales, será incomparablemente de más calidad que el presente. Sin embargo, la sociedad hacia la que caminamos seguirá siendo una sociedad injusta, basada en una distribución desigual de la riqueza y donde el poder adoptará nuevas formas de control.

La sociedad de la información, entre otras cosas, es básicamente un nuevo estadio evolutivo del capitalismo. Es su tercera revolución tecnológica y que le permitirá no solo mantener, sino además incrementar su poder económico, y en consecuencia, su influencia política, social y cultural. Para que la sociedad de la información, en sus próximos años, alcance su apogeo y máxima expansión hacen falta, entre otros factores, que se den tres condiciones básicas: Una tecnología de la comunicación potente (es decir, más avanzada que la actual), algo que es previsible lograr en próximos años; una importante inversión económica para crear un entramado de economía digital (la banca y las empresas de comunicación son quienes más apuestan en esta dirección configurando lo que se conoce como nueva economía); y finalmente una importante masa de ciudadanos con suficiente grado de conocimiento y formación que les permita consumir/comprar los productos que ofrecen las tecnologías de la comunicación (t.v. digital, multimedia, internet, ...) y ser trabajadores de las mismas. Sin una población con unos mínimos de formación cultural y tecnológica no habrá compradores ni trabajadores que puedan sostener la sociedad de la información. En consecuencia, el capitalismo del tiempo digital necesita sujetos alfabetizados en las nuevas formas culturales. Fenómeno que ya ocurrió anteriormente con la primera y segunda revolución industrial. Pero este es un argumento meramente economicista.

Por el contrario existe otro discurso pedagógico que entiende que la educación debe ser un instrumento para la concienciación y liberación de la opresión humana. Este

discurso fue elaborado para países del tercer mundo y con un alto grado de analfabetismo. Sin embargo cabe preguntarse si muchos de sus principios y enunciados no serán igualmente válidos para la formación de los ciudadanos de la sociedad de la información. No podemos obviar, que la cultura y tecnología digital está generando un nuevo tipo de analfabetismo en grandes capas de la población adulta occidental generando, como se aborda en el capítulo correspondiente de este libro, nuevas formas de desigualdad en el acceso a la información y el conocimiento.

Como ya expresamos anteriormente, en el ámbito de los países o zonas económicas altamente desarrolladas del planeta, en la que la llamada “sociedad de la información” o “era digital” ha irrumpido con fuerza, el modelo clásico de escolaridad en masa empieza a ser cuestionado por distintas voces y con variados argumentos. Por una parte, se sitúan quienes en un afán de modernizar la enseñanza reclaman que ésta debe abrir sus puertas a las Tecnologías de la Información y Comunicación (TIC) y reconfigurar en su totalidad su concepción y organización educativa flexibilizando los procesos educativos y rompiendo con la tradicional visión de la enseñanza como transmisión del saber en un determinado espacio físico llamado aula. Algunos miembros de esta perspectiva radicalizados en su posición incluso reclaman que los centros educativos actuales deben desaparecer para transformarse en centros virtuales. De este modo cualquier alumno, conectado desde casa, podrá asistir virtualmente a una clase impartida, a determinada hora, pongamos por caso, en Japón, luego participar en un seminario desarrollado en EEUU y finalizar su horario escolar teniendo un debate telemático con otros alumnos sudamericanos. Todo ello coordinado y bajo la supervisión de su maestro o tutor electrónico. En fin, es la utopía educativa del mito cibernético.

Por otra parte, están quienes siguen reclamando una perspectiva humanista o vinculada a la tradición del pensamiento ilustrado y racionalista de la modernidad. Son conscientes de que son una voz minoritaria, pero no por ello menos importante. Reclaman que la escuela debe ser el espacio de construcción de la ciudadanía, del lugar donde el conocimiento y la cultura se transmite a nuevas generaciones, donde la escuela debe ser un instrumento para la democratización del saber y el desarrollo del pensamiento crítico y reflexivo sobre la realidad. Por ello, la escuela actual debe cambiar recuperando los valores de la cultura humanista y librepensadora adaptada, lógicamente, a un mundo dominado por la ciencia y la tecnología. Esta perspectiva, cuando se radicaliza, lleva a planteamientos luditas en los que se defiende que la cultura verdadera es aquella que está en los libros, y que los medios audiovisuales y las tecnologías digitales simplemente son instrumentos para el ocio y el mercado de la información.

Supongo que ambas tendencias, alejadas de los radicalismos apuntados, tienen parte de razón y que la combinación e integración de ciertos postulados de una y de otra nos darán la clave para construir un discurso mínimamente fundamentado de lo que debiera ser la educación del siglo XXI. Este libro, en consecuencia, quiere contribuir modestamente a ello.

Sobre la génesis, los autores y la naturaleza de este libro

Todo libro tiene un origen y un proceso de creación. El primer esquema inicial fue elaborado a finales de 1998 en una cafetería del aeropuerto de Barajas. Ciertamente entre ese primer proyecto original y el producto final, dos años después, han existido algunos cambios, pero que no afectaron sustantivamente a la filosofía y planteamiento pedagógico. a la selección de los temas ni a la estructura planificada para el libro. Lo

destacable, quizás, ha sido que el libro ha ido gestándose y creciendo con mayor parsimonia de la prevista, con una lentitud, quizás inevitable. La obra se planteó desde el principio como un proyecto colaborativo y a ello ayudó enormemente el correo electrónico y el WWW ya que creamos un website restringido en el que se fueron “colgando” los capítulos redactados para que fueran leídos por el resto de autores participantes y de este modo reajustar el trabajo particular a lo escrito por los otros colegas.

En este sentido hemos de indicar que este libro pudiera ser definido como un ensayo o mirada generacional sobre la educación y las nuevas tecnologías de la información. Los profesores e investigadores que hemos escrito este libro –docentes en diversas universidades españolas-, en su mayor parte, hemos nacidos en el Sur de Europa en torno a los inicios de la década de años sesenta. Nuestra infancia se desarrolló en un entorno caracterizado por el desarrollismo económico (y de inauguración de muchos pantanos). Fuimos la primera generación criada bajo la televisión que, aunque fuera en blanco y negro, modificó profundamente las costumbres y mentalidades en un sentido más liberal. A ello también ayudó la presencia de turistas procedentes de países del centro y norte de Europa. También fuimos la primera generación española escolarizada de modo generalizado. En el inicio de nuestra juventud o adolescencia asistimos a la muerte de Franco y en consecuencia nos hemos socializado políticamente bajo un régimen democrático. Pero ante todo hemos sido espectadores y usuarios de la llamada revolución informática.

Nuestros hijos, nacidos en la última década del siglo XX, es decir, cuarenta años después que nosotros, viven en un entorno cotidiano caracterizado por una sobreabundancia de tecnologías audiovisuales y digitales. Desde que se levantan enchufan un aparato de televisión que les ofrece una variedad de canales a color, cuando se aburren juegan con la Game Boy, la Nintendo o la Play Station. Viajar en avión es una experiencia normal en ellos, y por supuesto, cuando lo desean encienden el ordenador bien para jugar con un CD-ROM multimedia, bien para activar un software de procesamiento de textos, de dibujos, o de conexión a Internet.

Muchos de estos niños y niñas menores de diez o quince años desde sus primeros meses de vida han asistido a guarderías o bien están escolarizados desde los dos o tres años. Actualmente no solo reciben una educación básica en las aulas, sino que también tienen que asistir a clases de música, danza, deporte, informática o inglés en su horario extraescolar. Son una generación, que restando el tiempo que invierten en las actividades básicas de comer, dormir, asearse y desplazarse, se dedican casi de modo exclusivo a recibir educación y están interaccionando con algún tipo de máquina o tecnología de información. Son la primera generación de lo que se ha venido en llamar “sociedad de la información” o generación “Nintendo”.

Lo que quiero poner en evidencia con lo escrito hasta ahora es que en este inicio del siglo XXI coexisten distintos colectivos generacionales que poseen parámetros y experiencias culturales hasta tal puntos diferentes que pudiéramos indicar que pertenecen a épocas históricas distintas. Quienes nacieron a principios de siglo tienen más elementos de similitud con el siglo XIX que con sus bisnietos que son realmente personajes del siglo XXI.

¿Qué fenómenos sociales y culturales caracterizan a la llamada era digital o sociedad de la información? ¿Cuáles son sus principales problemas educativos? ¿Qué fines y formas debe adoptar la formación ante las nuevas demandas y necesidades sociales? ¿Cómo facilitar el acceso a la educación y a las tecnologías a todos los ciudadanos?. Quienes escribimos este libro hemos intentado realizar una reflexión y análisis sobre estas

temáticas educativas en un tiempo dominado por las tecnologías de la información. En el contexto tanto internacional como nacional, empiezan a existir muchos textos y publicaciones preocupadas por la construcción de un discurso técnico de la aplicación de las nuevas tecnologías a los procesos de enseñanza y aprendizaje. Ciertamente los educadores, al igual que otros colectivos profesionales, estamos preocupados por el cómo utilizar e integrar la tecnología en nuestra práctica docente o por los efectos de las mismas en el aprendizaje. Este libro, sin renunciar totalmente a este interés, ha querido plantear cuestiones que trascienden los problemas estrictamente didácticos de las nuevas tecnologías. No nos hemos planteado cómo enseñar con ordenadores, sino que hemos tenido en cuenta interrogantes relativos a los problemas surgidos por los grandes cambios que se están produciendo en el tejido social y cultural de la denominada era digital o sociedad de la información.

El libro ha sido estructurado en tres grandes partes. La primera titulada Redefiniendo la educación en el nuevo contexto de la sociedad de la información pretende definir algunos de los rasgos culturales y sociales más destacables de la era digital o sociedad de la información, así como analizar y redefinir el sentido y metas de la educación en este nuevo contexto. Consta de cuatro capítulos. El primero escrito por el profesor Enrique Bustamante de la Universidad Complutense de Madrid, el segundo por J. M^a Sancho, docente e investigadora de la Universidad de Barcelona, le sigue el ensayo desarrollado por M. Area de la Universidad de La Laguna, finalizando esta parte con el trabajo del profesor J. Adell de la Universidad Jaume I de Castellón.

La segunda parte del libro lleva por Analizando algunos problemas educativos y socioculturales de la era digital. Está compuesto por seis capítulos en los que se abordan temas/problemas como la desigualdad social en el acceso a la información y la tecnología, las complicadas relaciones entre las nuevas tecnologías y las mujeres, las pautas de comportamiento cultural de niños y adolescentes ante las tecnologías, la construcción de las identidades culturales en el marco escolar, y la atención a la diversidad de sujetos con necesidades educativas especiales. Esta segunda parte comienza con un ensayo inicial en el que se fundamenta teóricamente las corrientes y tendencias de investigación de los denominados "estudios culturales". Cada capítulo ha sido redactado por investigadores de diversas universidades españolas. Estos son los siguientes: J. de Pablos de la U. de Sevilla (capt. 5); A. Bautista de la U. Complutense de Madrid (capt. 6); A. Alario y R. Anguita de la U. de Valladolid (capt. 7); C. Alonso de la U. De Barcelona (capt. 8) ; A. Grewec de la U. de Santiago de Compostela (capt. 9); y C. Alba de la U. Complutense de Madrid (capt. 10).

La tercera, y última parte, denominada Aplicaciones de las tecnologías de la información y comunicación a la enseñanza pretende describir y analizar los usos y aplicaciones más desctacables de las mismas en cuatro ámbitos de la práctica educativa: los entornos virtuales para la educación a distancia, la formación ocupacional para el teletrabajo, la integración curricular de las nuevas tecnologías, y la producción y desarrollo de materiales didácticos de naturaleza electrónica. Al igual que en las partes anteriores estos capítulos están escritos por profesores y profesaras diversos. El capítulo 11 lo firman M. Estebanall y F. Ferrés de la U. de Girona; el capítulo 12, el profesor C. Marcelo; el capítulo 13 la profesora M^a. J. Gallego de la Universidad de Granada; y finalmente el capítulo 14 lo firman conjuntamente M. Area de la Universidad de La Laguna y A. García-Valcárcel de la Universidad de Salamanca.

En definitiva, este libro ha surgido con la intención de superar las limitaciones de un enfoque estrictamente didactista de la enseñanza con ordenadores que reduce la

complejidad de la educación a un discurso técnico de la actividad instructiva. Por el contrario, hemos querido plantear y analizar algunas de las coordenadas actuales de la educación desde un planteamiento poliédrico teniendo en cuenta las aportaciones de la sociología de la cultura, de la psicología social, de la teoría de la educación, de las teorías curriculares, y por supuesto, de la tecnología educativa a la que pertenecemos la mayoría de los autores de este texto. Vivimos en el presente y la narrativa escolar del futuro dependerá de nuestras actuales ideas y prácticas educativas. Por esta razón es fundamental analizar y reflexionar sobre los nuevos retos de la educación en la sociedad de la información y a ello aspira contribuir esta obra.

Islas Canarias, abril de 2001